

# LA RAZON

DIRECCION  
ADMINISTRACION:  
Av. de MAYO 760

## EL

Se oye la artillería del alba.

Las codornices parecen ranas del alba y cantan durante sus instantes como si se multiplicasen, como si fuesen las numerosas ranas que crecen a su manera al alba.

No tiene color esta luz... Venos sólo la foto del mundo.

El alba más antigua está en el alba más moderna. En Pompeya pensaba yo: «En el alba, Pompeya es la Pompeya de su tiempo, y aquí pienso que ésta es también el alba primitiva de Pompeya o de la desconocida capital de Atlántida».

El aire mojado del alba.

Si el suicida logra pasar el alba sin haber disparado sobre su sion, si la mira con audacia a los ojos de cráneo vacío, volverá a conseguir para sí los ojos que pudieran seguir viendo y se sentirá resiguado a vivir, háyalo pasado lo que le haya pasado, entrando con seguridad en esta vida indiferente, ni fu ni fe que absuelve el alba.

El alba nos arroja un vitriolo que nos inutiliza y... después nos renace.

El alba nos sacramenta con su sacramento.

Los grandes fundadores fué en el alba cuando solieron fraguar y erigir sus fundaciones.

Cristóbal Colón dijo que existía América en el alba.

Las esferas de los relojes se quedan ciegas y desafiadas con la atrofía gris del alba... El alba no se compadece con los relojes, siempre de minutos chicos y aparentes.

El alba de invierno es de un cristal más duro y más translúcido, un cristal tan duro, que sobre él hace palanca la fuerza de la nueva creación.

Los árboles de invierno vienen sobre el alba una gran negrura y un gran retorcimiento; sobre todo, los de los grandes bulevares de la ciudad.

Calles de Moscú son en todos lados las genuinas calles del alba... Calles de color frío... Caminos de la muerte y del no vez.

En el alba del reflorescimiento es cuando se fraguan las hojas pequeñas e iniciales.

El alba despeja al mundo de ladrones.

Lo apaga todo de ese modo rubito con que el farolero del fondo de la calle apaga sus faroles.

El alba cuida los libros.

Por el alba, a lo lejos, pasan diligencias cuyos cristales ponga una cara de llanto atroz... Son diligencias que van dando tumbos como sobre los baches y los relojes de las olas.

El alba tiene en su punto álgido una cosa de cataclismo geológico.

Las ventanitas altas la imploran. Son las que la ven más cerca... Llo-



ran como recién salidas del útero materno.

Todos son escombros.

Un mar, un poco como el mar del Norte, es el del alba.

La noche queda rezagada en la fábrica del trabajador intelectual... Pero hasta allí entra el alba y la descomisa.

En el alba estamos sin mujer, como si se nos hubiese muerto o se nos hubiese ido... Qué juego más macabro si nos empeñamos en que no sea esta verdad y jugamos con su espectro.

Las catedrales en el alba son como fósiles del pasado, que el alba desdora y deja calcetadas.

Las iglesias en el alba son como iglesias de pueblo, cándidas y estupefactivas. (No es éste el final del mundo que nosotras esperábamos — se dicen).

Los espejos se trasluce como la luna, se metamorfosean y pierden su acervo azogue como la luna en la madrugada.

Hay una campanita que se atreve a tocar en el alba y demuestra lo en el

vacío que suena, y lo martillito impercinto y mezuino que es.

Los pueblos bajo el alba parecen emigrados a América. En todos los sueños de todos, quizá todos realmente, se sienten en América.

El alba es un filo, y pasa de refilón y muy difícilmente se la enfila. ¡Cuántos días no he podido cohobrar ni una palabra ni una nueva mirada por el ojo de su aguja delgadísima!

El alba es la hora de agudo oído.

En el alba precisa, los trenes no suenan, sino que se suceden; no van y vuelven de un modo vertiginoso, ayudando a la obra de reconstrucción mágica que se opera con el alba.

El alba sobre los lagos se les queda mirando y nada más. No hay nada más estático que ese momento.

El delito de haber espionado tantas albas nos lo hará pagar la Providencia. Por de pronto, ya tenemos, de tanto mirar el alba, algo así como unas virruetas locas o una crispela de veracidad.

La miserable dormía en sus brazos a un niño de cabeza gorda y piernas flacas, extendido como un niño muerto de

los que van en caja blanca con galones de plata. Ese niño que vi en el alba tenía unas greñas como canosas, como blancas.

Relucen las cuartillas con una destemplanza feroz.

Hay un momento en que, como al final de ciertos viajes a la costa, nos decimos: «Después de ese monte, ya está el mar, ya está la playa y el olor denso».

Las calles de árboles, los viales, se quedan más oscuros que en la noche profunda... Si nos eoge ese minuto en plena calle, debemos ir por en medio para ir más tranquilos, pues así venos a los lados y prevemos el golpe que nos quieran ajetar.

El principio del alba casi todos los días es de día de lluvia... Sólo después del alba se ve que nos había engañado el fenómeno.

Toda torre puntiaguda irrita al alba y destaca después la construcción humana intróvate, exasperadamente.

Como las inundaciones del Nilo, se borra todo, y de su última geometría sale después todo amillanado según el antiguo mallaramiento.

Sentimos en las articulaciones el paso del alba. Nos las separa. No es bro-

## RAMON GOMEZ DE LA SERNA

ma que somos descompuestos, deshúenos dos por el alba para volver a ser como puestos.

Sobre todo a esa hora de la madrugada no hagáis ningún movimiento brusco, porque podréis morir facilísimamente.

El labor estado vigilantes hasta este momento del alba es como haber hecho un largo viaje, y por eso no podemos ponernos en el violento disparadero de tener que reaccionar; hasta podremos quedarnos ciegos como aquel marino que, después de la larga travesía, se dió un baño antes de descansar.

Tiene millones de campanillas el alba. Primero se oye la fragua que las fabrica, en toda su rigidez, y después, según el alba se depura y avanza, todas las campanillas recién fraguadas suenan.

En el alba la ciudad es el plano obscuro de una ciudad por construir, es un proyecto de ciudad sin ningún precedente... Por eso resulta inverosímil y cruel para los que conocen bien lo que significa el paso de un alba por la vida, que los jueces se basen en el precedente.

En el alba van creciendo de nuevo las chimeneas. Sobre todo las de fábrica, cuando el alba está ya declarada, parece que se desprecizan en lo alto.

Lo que más alto se destaca en el alba son las chimeneas de las fábricas. Son sus altas columnas, sus sostenes, sus pies maestros.

Las poblaciones de grandes y numerosas chimeneas son las que sostienen más el alba.

Ni las catedrales tienen ese valor en el alba ni se destacan de la misma manera.

Las chimeneas se destacan más como cosas esbeltas, de alta facha, de ercido continente.

Depósito lleno de agua de mar es la misma ciudad de la altiplanicie, seca, lejana al mar, cuando el alba se acerca... Inundan los mares del alba la ciudad para que cante la palinodia, para que sienta el escalofrío del diluvio universal de cada día.

Siempre parece que amanece después de un velatorio... La luz de la lámpara queda al amanecer convertida en la luz de un cirio, y el cadáver somos nosotros, que nos tendemos en el diván esperando la resurrección de la carne y del día.

aunque tengamos cerrado el balcón, el alba llega a nosotros. Es el alba fuera, es el alba dentro, en nuestra plaza interior, entre las piedras antiguas de nuestra alba.

Resultan dos claridades con un obstáculo incomprensible en medio. No sólo allí fuera hace claror. La acera de enfrente está allí, y la acera de este lado está en el fondo de nuestra alma.

¡Cómo entran las aguas del alba por las galerías de cristales, por los invernales, por las aserres!

Los perros, algunos perros, ladrán al alba...

«¡Que viene! ¡Que va! ¡Que va está aquí!» Sólo les da tiempo a lanzar esos tres ladridos del alba.

Ese rostro morado que pone el alba,

Todo lo hierde esta luz. Hierde la luz del alba como ninguna otra.

*Ramon Gomez de la Serna*